

**OBISPO AUXILIAR**

**HOMILÍA DEL SR. OBISPO AUXILIAR DE GETAFE,  
D. JOAQUÍN M<sup>a</sup>. LÓPEZ DE ANDUJAR,  
EN LA MISA DEL BEATO  
JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER**

**26 de junio de 2002. Ermita del Cerro de los Ángeles**

Muy queridos amigos y hermanos.

En su Carta Apostólica *Al comienzo del nuevo milenio*, Juan Pablo II hace alusión precisamente a este texto del Evangelio que se ha proclamado. Decía el Papa: “Al comienzo del nuevo milenio... resuenan en nuestro corazón las palabras con las que un día Jesús, después de haber hablado a la muchedumbre desde la barca de Simón, invitó al Apóstol a ‘remar mar adentro’... Pedro y los primeros compañeros confiaron en la palabra de Cristo y echaron las redes. ‘Y habiéndolo hecho recogieron una cantidad inmensa de peces’ (Lc 5, 6)” (n. 1).

Pedro y los Apóstoles se fiaron del Señor y, después de los Apóstoles, a lo largo de la historia de la Iglesia, una gran multitud de hombres y mujeres, una multitud de santos, se han seguido fiando de Jesús, han confiado en su palabra. Podemos decir, con las palabras del Prefacio: Te damos gracias Señor “porque mediante el testimonio admirable de tus santos fecundas sin cesar a tu Iglesia con vitalidad siempre nueva, dándonos así pruebas evidentes de tu amor” (Prefacio II de los Santos). La vida de los santos es la prueba del Amor de Dios; su fidelidad a la gracia se convierte en un don para la Iglesia. Por esto, hoy también podemos decir

que llega hasta nosotros el testimonio, la vida, del Beato Josemaría, podemos decir: Te damos gracias Señor “porque nos concedes la alegría de celebrar hoy la fiesta del Beato Josemaría, fortaleciendo a tu Iglesia con el ejemplo de su vida, instruyéndola con su palabra y protegiéndola con su intercesión” (Prefacio de los Santos Pastores).

Estamos alegres y le damos gracias a Dios por todos los bienes que la Iglesia ha recibido a través de la vida ejemplar del beato Josemaría.

En el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal para el próximo trienio se señalan, inspirándose en la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, tres prioridades o tres grandes líneas de trabajo pastoral que expresan e identifican el ser y el quehacer de la Iglesia como misterio, como comunión, como misión. Estas tres grandes líneas son: el encuentro con el misterio de Cristo y la llamada a la santidad, la comunicación del Evangelio y la comunión en el Amor de Cristo.

Pues bien, en el desarrollo de estas grandes líneas de acción pastoral, la vida y el magisterio del Beato Escrivá nos da mucha luz.

En primer lugar el encuentro con el misterio de Cristo y la llamada a la santidad. La santidad debe ser la perspectiva de nuestro camino personal, pastoral, y el fundamento de toda programación pastoral (cf. Plan Pastoral de la CEE 2002-2005, n. 17; cf. NMI, 30-31). Esta opción, dicen los obispos, supone no contentarse con una vida mediocre, con una moral de mínimos, con una religiosidad superficial. Es entrar en el dinamismo de la llamada a la perfección de la caridad, que tiene múltiples caminos y múltiples formas de expresión (cf. Plan pastoral... n. 17). La llamada a la santidad, la vocación universal a la santidad es, como sabemos, una invitación constante en la palabra y en los escritos del Beato Josemaría. Fue constante su deseo de enseñar a los cristianos corrientes el modo de encontrarse con Dios en la vida ordinaria. Esa fue esa primera intuición que dio origen después al Opus Dei: encontrarse con Dios en la vida ordinaria; mostrar a todas las gentes que la plenitud de la vida cristiana se alcanza en las cosas ordinarias de la vida, en las obligaciones profesionales, familiares, santamente vividas, dándose cuenta de que el lugar del trabajo puede ser lugar de encuentro con Dios, cuando ese trabajo se hace entregándose enteramente a Dios, realizándolo con responsabilidad, convirtiendo el trabajo en oración, santificándose en el trabajo, santificando el propio trabajo y santificando con el trabajo a los demás.

La segunda prioridad que señala la Conferencia Episcopal es la comunicación del Evangelio de Cristo, el transmitir la fe, comunicar el misterio de Cristo, el Evangelio de Cristo. El tesoro escondido (cf. Mt 13, 44) del misterio cristiano, que es Cristo mismo, una vez que se ha encontrado no puede menos que comunicarse. La evangelización, el apostolado, constituye el ser, el gozo y el dinamismo de la Iglesia y de todo cristiano. Este deseo de comunicar a los otros la vida de Cristo, ese ardor apostólico llenó completamente la vida del beato. “El apostolado, decía, es amor de Dios que se desborda dándose a los demás..., cuando se paladea el Amor de Dios, se *siente* –decía él- el peso de las almas” (*Es Cristo que pasa*, n. 122).

Vivimos momentos difíciles en medio de una sociedad y una cultura que pretende arrinconar a Dios; una cultura que se aleja consciente y decididamente de la fe cristiana hacia un humanismo inmanentista; una cultura que es causa permanente, como sabemos, de dificultades para la vida y la misión de la Iglesia. Pero en estas circunstancias, lejos de rebajar de forma acomodaticia y condescendiente la radicalidad del ser cristiano, lo que debemos hacer, siguiendo el ejemplo de los santos, es ahondar y profundizar en nuestra experiencia de Dios, es vivir intensamente nuestro encuentro con Cristo, es –como dice el Beato Josemaría– “paladear” el amor de Dios, ese amor de Dios “que ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo, que se nos ha dado” (Rs. 5, 5); ese amor de Dios que es presencia viva del Señor que viene “en ayuda de nuestra debilidad” (Rm 8, 26; 2ª lectura), escuchábamos en la segunda lectura; es “gustar y ver lo bueno que es el Señor” (Salmo 33, 9); y cuando el amor de Dios se paladea y se experimenta en la oración, en la palabra de Dios, en los sacramentos especialmente, y de una manera permanente a lo largo de toda la vida en la Eucaristía y en la Reconciliación, cuando uno se siente querido y amado por Dios, y perdonado por Él una y otra vez, uno siente profundamente, como dice el Beato, “el peso de las almas”, es decir, el ansia de evangelizar, el deseo de que todos conozcan a Cristo y le amen, y salgan del abismo del pecado y reconozcan al Señor como “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14, 6).

La tercera acción pastoral de la Conferencia Episcopal es “la comunión en el amor de Cristo”. La comunión en el amor de Cristo es una comunión que va más allá de unos meros lazos de amistad o de buenas relaciones; esta comunión echa sus raíces y se configura en la comunión trinitaria. Nos lo decía también el Papa en la *Christifidelis laici*: “la comunión de los

cristianos entre sí, nace de la comunión con Cristo: todos somos sarmientos de la única Vid que es Cristo. El Señor Jesús nos indica que esta comunión fraterna es el reflejo maravilloso y la misteriosa participación en la vida íntima de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Exhortación apostólica, n. 18).

El Beato Josemaría fue un hombre de Dios y, por tanto, con un profundo sentido de la comunión eclesial. Un hombre con un profundo amor a la Iglesia. Todos los días repetía, y con él sus hijos, la oración de Jesús: que todos sean uno como Tú, Padre, en mí y yo en Ti; que todos sean uno como nosotros somos uno (cf. Jn 17, 21-22). De él decía Mons. José María García Lahiguera, que va también camino de los altares, decía: “su amor a la Iglesia de Dios era tan grande que, de forma natural, estimulaba y alababa, todas las instituciones surgidas para llevar a las almas a Dios; jamás fue lo que, con palabras poco retóricas, pudiéramos llamar *exclusivista*. Puedo testimoniar el aliento y colaboración que prestó siempre a quienes, como yo, promovíamos alguna obra para la gloria de Dios” (Testimonio de D. José María García Lahiguera. Ed. Palabra, p. 29).

Concluyendo diremos que el encuentro con el misterio de Cristo y la llamada a la santidad, la comunicación del Evangelio de Cristo y la comunión en el amor de Cristo, que son las grandes propuestas pastorales que hoy nos hace la Iglesia como tarea sacerdotal, fueron intensamente vividas por el Beato Josemaría y, por eso, su vida, su palabra, tienen una gran actualidad, y nos invitan como hemos escuchado en el Evangelio, a “remar mar adentro” (Lc. 5, 4), con la certeza de que, confiando en la palabra del Señor, los frutos serán abundantes. Dice el Evangelio que casi la barca se hundía de la pesca que habían recogido (cf. Lc 5, 7).

Que esta Eucaristía que celebramos en honor del Beato Josemaría acreciente nuestros deseos de santidad, fortalezca nuestra comunión y nos haga verdaderos apóstoles y testigos del amor misericordioso de Dios.

Y que la Virgen María en cuya Ermita celebramos esta Eucaristía, Reina de los Ángeles, Patrona de esta Diócesis, la sierva del Señor, que escucha la voz de Dios, que invoque al Espíritu, que Ella interceda por nosotros y nos lleve a Jesús para que también nosotros, dóciles al Espíritu, proclamemos las maravillas de Dios.

Que así sea.